

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 287

25 Cts.



ALMA DE MADRE
(LA MATERNELLE)

FOR
France Dhélia,
Lucien Dalsace,
Henriette Delannoy,
etc.

Filmoteca
de Catalunya

Niu
del
COL·LECCIONISME
de J. Colomer
TOT L'ART IMPRES
A L PAPER
Grovals Antics
Lliris i Revistes
Joguines i Medalles
Objectes Variats
Vinyetes i Postals
ESPECIALISTE AL MÓN
CROMOS DE LA XOCOLATA
MISTOS I TALLA
c/ Ferrán, 21 - C. LIGERIA
Tel. 302 58 68
BARCELONA 2

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 287

ALMA DE MADRE (LA MATERNELLE)

Adaptación cinematográfica de la célebre obra de
LÉON FRAPPIÉ, interpretada por los célebres
artistas

FRANCE DHÉLIA, LUCIEN DALSACE, Paul
Olivier, Léonce Cargue, René Sambreuse,
Henriette Delannoy, Niña Vega, Louise Astruc,
etc.

Producción de

"Les Cinématographes Phocéa"

EXCLUSIVA DE

LEMIC, S. A.

Mallorca, 236 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CARMEL MYERS

ALMA DE MADRE

(LA MATERNELLE)

Argumento de la película

I

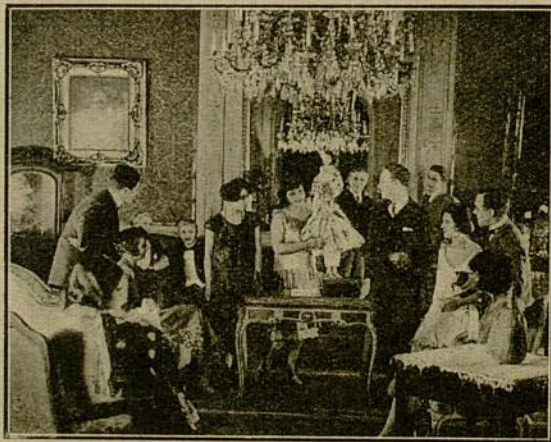
Rosa Goncourt era feliz. Poseía juventud, belleza, posición social, amor; cuantas gracias puede ambicionar una mujer.

Aquella noche esta alegría que llenaba el corazón de Rosa era más intenso porque hallaba el marco apropiado para manifestarse. Se celebraba la fiesta de sus esponsales con René Chambruse el joven a la moda que tantas ilusiones había sabido despertar en las más bellas mujeres.

Rosa, no obstante la riqueza en que nació y se había formado, poseía una vasta cultura,

y su mayor orgullo no era el del lujo que la rodeaba, sino el de poder ostentar títulos académicos que acreditaban su ilustración.

La fiesta se desarrollaba en la más espléndida y ruidosa alegría. Todos se mostraban satisfechos, contentos. Los novios ante la pers-



Se celebraba la fiesta de sus esponsales...

pectiva de la próxima realización de sus ardientes sueños. La madre de René por la certeza de que su hijo realizaba un matrimonio no sólo de amor, sino de conveniencia, pues todo el mundo sabía que la fortuna del señor Goncourt se elevaba a muchos cientos de miles

de francos y que, además, Rosa contaba con la herencia tampoco nada escasa de su difunta madre. Los invitados hacían también gala de su buen humor, primero, porque eran jóvenes en su mayoría y sin preocupaciones apremiantes y, segundo, porque la fiesta era pródiga en diversiones y en riqueza.

En medio de este ambiente de general regocijo sólo un alma luchaba con íntimas inquietudes: la del señor Goncourt, el padre de Rosa.

El teléfono acababa de comunicarle una desastrosa baja de los valores representativos, no sólo de su fortuna, sino de la herencia de Rosa y del capital que le confiara su hermano Pablo.

Y, mientras la alegre turba de jóvenes invitados se disputaba en original lotería organizada con fines benéficos, un beso de la bella prometida, el señor Goncourt devoraba, en la soledad de su despacho, la desesperación que en él producía la certidumbre de una inevitable e inminente ruina.

Y cuando Rosa, perseguida por sus amigos que la reclamaban el beso prometido, se refugió en el despacho de su padre, quedó espantada al verlo empuñar en su diestra mano un fatídico revólver, y adivinando los sinies-

tros propósitos que tal actitud revelaba, se abalanzó sobre el presunto suicida y le arrancó el arma fatal.

El señor Goncourt no resistió. Y a las preguntas dolientes de su hija balbuceó con insegura voz:

—¡Todo está perdido ya...! La especulación batió sus últimos reductos a la esperanza.

Rosa indagó aún ilusionada:

—¿Y la herencia de mi madre? ¿Y el capital de mi tío?

—¡Nada queda...! Todo lo engulló, todo lo devoró el agio insaciable.

La hija, ante la realidad del mal inevitable, sólo pensó en consolar al padre dolorido:

—Por ti lo lamento, padre mío; por mí no... Mi novio ha de amarme lo mismo en la pobreza.

El señor Goncourt tuvo un gesto de amarga duda. Sin embargo, se limitó a decir a su hija:

—Mañana haré saber a su madre nuestra ruina. De momento, aparentemos serenidad, como si nada hubiera pasado.

Pocos días después, en casa de Rosa sólo había rostros apenados; diríase que se velaba en torno al cadáver de una ilusión.

René, acompañado de su madre, acababa de

escuchar de labios del señor Goncourt la afirmación de su fracaso económico.

La señora Chambruse fué la encargada de dar la cruel respuesta.



—Todo está perdido ya...

—Comprenderá, señor Goncourt — dijo —, que después de su lamentable confesión he de considerar rotos nuestros compromisos. Me duele sinceramente la decisión que adopto. Pe-

ro esta boda distaría mucho de realizar el porvenir que para mi hijo he soñado.

Rosa no asistió a esta conferencia donde quedaron muertos sus más caros sueños juveniles. Pero cuando se halló de nuevo a solas con el padre entristecido, adivinó el resultado de ella.

Aun su amor filial halló fuerza para imponerse al propio dolor.

—No sufras — dijo abrazándose al cuello de su padre—. Yo trabajaré... ¿Para qué quería mis títulos si no habían de servirme para ganar la vida?

II

El señor Goncourt no pudo sobrevivir a su ruina y a la consiguiente desventura de su hija.

Muerto su padre, la infeliz Rosa se halló frente al problema más trascendental y angustioso que la vida ofrece: el de vivir.

Fué desprendiéndose del lujo que la rodeaba. Malbarató los suntuosos muebles y cuantos objetos de valor encerraba su espléndida morada. Se privó hasta de aquellas galas de su propio uso, que sirvieron para realzar su belleza. Sólo conservó lo imprescindible para

instalarse en una modesta habitación, en uno de los barrios extremos de la ciudad.

Tuvo, en un principio, la esperanza de que sus valiosas amistades y sus títulos académicos la ayudarían a resolver el negro problema planteado a su juvenil inexperiencia. Pero los amigos habían dejado de serlo y sus ejecutorias de cultura no tuvieron aquella eficacia que ella les otorgara.

Fué consumiendo sus escasos recursos y vinieron los días de las extremas privaciones, de la miseria. Hasta se iba a ver obligada a abandonar la modesta habitación que ocupaba.

El tío Pablo, única persona que la visitaba, afectado también por el desastre bursátil, se hallaba imposibilitado de prestar ayuda económica a su sobrina. Intentó proporcionarle una colocación en armonía con las aptitudes de Rosa. Pero fracasaron sus gestiones. Así se lo expuso la última tarde que fué a verla.

—He estado en el ministerio y todo ha sido inútil — le dijo—. Con todos tus diplomas, te falta el indispensable: el de maestra elemental.

En aquel momento la portera de la casa se presentó a reclamar por cuarta vez los alquileres devengados.

—Vengo a que liquidemos — refunfuñó

malhumorada—; de lo contrario tomaré otras medidas más serias. No se quejará usted de que no tengo paciencia... ; Pero hay que pagar!

—Espere unos días — suplicó Rosa—. Pronto estaré colocada.

La portera se retiró con la amenaza de que si en el plazo de cuarenta y ocho horas la inquilina no solucionaba su situación, se vería obligada a echarla a la calle.

El tío Pablo, mudo testigo de esta desagradable escena, comentó:

—Creo que ha llegado la hora de descender de la región de los sueños y aceptar cualquier clase de trabajo. Mientras tanto, podrias vender...

—No siga usted, tío. Jamás me desprenderé de mis últimos recuerdos.

El tío Pablo anunció con voz que revelaba lo mediocre de su proposición.

—Se me ha hablado de una plaza de sirvienta en la "Escuela Maternal". Mas para ella te falta algo, mejor dicho, te sobra; la ilustración.

—¿Y para eso obtuve mis títulos? — lamentó Rosa—. Tendré que romperlos.

—Al menos — arguyó el tío, pesimista — guárdalos en el fondo de un cofre... para mejor ocasión.

III

Hostigada por sus apremiantes necesidades, Rosa tuvo que resignarse a la humilde, si no humillante, condición de la servidumbre.

Entró como criada en la "Escuela Maternal" donde le fueron encomendados los más bajos oficios, pues ella tuvo buen cuidado de ocultar los esplendores de su pasada existencia.

Desde un principio Rosa supo captarse las simpatías de sus compañeras de trabajo, especialmente de Paulina, la cantinera, mujer de extracción vulgar pero de corazón nobilísimo.

Esta simpatía se convirtió bien pronto en cariño y las dos compañeras se ayudaban fraternalmente en sus rudos quehaceres.

Rosa, además, fué pronto el ídolo de los pequeños y numerosos alumnos que acudían a aquel establecimiento de enseñanza primaria. Constantemente buscaban su compañía adivinando, en su inocencia infantil, el tesoro de ternura que guardaba el corazón de la nueva criada.

Aquella mañana, en la "Escuela Maternal" se hacían grandes preparativos. Se extremaba

la limpieza de los diferentes departamentos y las profesoras acudían a las clases vistiendo sus mejores galas.

El delegado cantonal, el joven doctor Libois, había anunciado una visita de inspección.

La directora de la escuela, la presumida Enriqueta Dufrenne, se detuvo más que de costumbre en su matinal tocado y agotó el contenido de su polvera queriendo disimular la negrura de su rostro.

Mientras tanto, Rosa recibía a los diminutos escolares que la cubrían de besos y caricias mientras ella los iba despojando de sus sombreros y abriguitos.

A ninguno de ellos distinguía Rosa al prodigarles sus cuidados. Mas por una de esas atracciones sentimentales cuya razón nadie sabe precisar, se sentía inclinada hacia la encantadora María Couret, vivaracha y decidora como pocas y dotada de una belleza muy parecida a la que deben poseer los pequeños angelitos que rodean el trono de la Reina de los Cielos.

La niña correspondía a aquella preferencia hasta el punto de sentirse celosa de las caricias que la criada prodigaba a los demás pequeños.

María llegó aquella mañana acompañada de

su madre, viuda y pobre; más dolorosamente pobre desde que los sufrimientos habían de imposibilitarla para un trabajo excesivamente prolongado y fatigoso.

La madre de María iba a la escuela con el propósito de conocer a aquella criada de la que tanto hablaba su hijita y hacia la que tanto cariño demostraban todos los pequeños escolares.

Cuando estuvo junto a ella y leyó en sus ojos la bondad que rebosaba de su alma, la señora Couret la estrechó efusivamente las manos.

—He venido — dijo — sólo por el deseo de conocerla y a darle las gracias por el cariño con que trata a mi hija.

Y, luego, con orgullo maternal añadió:

—Cierto que mi María todo se lo merece. Es muy buena. ¡Si supiera usted que ella me ha enseñado a leer...!

Cuando la señora Couret se ausentó, Rosa colmó de caricias a la pequeña María que, llevada de su cariño por ella, la había bautizado con el nombre de madrecita.

A aquella escena de recíproco e inocente amor puso término la estirada directora quien amonestó a la criada:

—¿Qué mimos son esos? Su deber no es

permanecer entre los alumnos. Nuestro reglamento no encomienda a las sirvientas el cuidado de los niños. Desde hoy, todos los días limpiará usted los lavabos durante las horas de clase.

María huyó y Rosa se entregó al trabajo que le había sido encomendado.

Mientras realizaba aquella ruda faena que estropeaba las manos tan cuidadas en tiempos de pasados esplendores, la criada, desde la humildad de lo que era recordó lo que había sido y no pudo evitar que las lágrimas, unas lágrimas muy amargas, asomaran a sus ojos.

En aquel momento el joven doctor Libois, a quien estaba confiada la inspección sanitaria de la escuela, penetró en el establecimiento. Sólo encontró en el vestíbulo a la criada que limpiaba los lavabos y que, en aquel momento, acababa de hacerse un pequeño rasguño en un dedo. El dolor arrancó una queja a Rosa y el doctor audió presuroso a examinar la herida.

Ante la blancura aristocrática de aquellas manos quedó absorto el joven médico comprendiendo que no podían pertenecer a persona habituada a faenas ordinarias. También le admiraron la belleza y distinción de Rosa. Y se alejó de ella con la certeza de que en aquella muchacha se ocultaba un drama de

los que a diario trastornan la situación social de las más encopetadas familias.

Mariquita, arrojada de la clase por no haber atendido a tiempo una orden de la profesora, volvió a buscar la compañía de Rosa.

—La maestra — le dijo no mostrando mayor pena por el castigo — me ha echado de la clase porque me llamó y no la oí. Estaba pensando en mamá.

Y luego, añadió:

—No me gusta estar sola; yo quiero tener una amiga con quien poder hablar. ¿Tú no tienes ninguna amiga, Rosa?

Rosa, temiendo nuevas reprimendas de la directora se esforzaba por hacer poco caso a la niña. Pero ella estaba dispuesta a que se le concediera la atención que reclamaba. Mostró a Rosa un ingenuo dibujo diciendo:

—Mira lo que he pintado para ti: una casa.

La criada continuó aparentando permanecer entregada a su trabajo.

—Está bien — protestó María con enfado—. Yo te he dado una casa y tú no me das un beso.

Rosa no pudo ya resistir la cariñosa zalamería de la niña. La cogió entre los brazos y la estrechó contra su corazón.

María, gozosa con su triunfo, besó a su amiguita asegurándole:

—Mamá me dice que te quiera y... ¡yo te quiero mucho!

Apareció en aquel momento la directora acompañada del doctor Libois, y Rosa tuvo de nuevo que sufrir sus recriminaciones por faltar al deber y otorgar sus caricias a las alumnas que merecieron el castigo de las profesoras.

En pocos días, sin proponérselo, Rosa se había atraído el interés del doctor, el odio de la directora y la adoración de María.

Una tarde, la madre de la pequeña no acudió a recogerla como era su costumbre. Rosa se vio precisada a acompañarla. Por el camino, con sus pequeños ahorros adquirió algunos comestibles para obsequiar a la pobre viuda.

La encontraron entregada a confeccionar unas ropas que tenía precisión de entregar a la mañana siguiente. Rosa le entregó el obsequio que le llevaba y esto aumentó la gratitud que sentía por la protectora de su hija.

A la mañana siguiente, cuando, a la hora del recreo, Rosa disfrutaba participando en los juegos de *sus niños*, recibió aviso de que la directora deseaba hablar con ella. Acudió temiendo una nueva reprimenda.

—Desde que está usted al servicio de la escuela — le dijo la señora Dufrenne — vengo observándola con gran atención. Sus modales y su lenguaje correcto, no revelan a la mujer



—*Mamá me dice que te quiera y... ¡yo te quiero mucho!*

vulgar. Indudablemente ha recibido una educación esmerada.

—He cursado estudios, señora — murmuró Rosa con modestia.

—Me lo sospechaba — continuó la directora.— Y también tendrá usted sus títulos académicos, ¿no es así?

—Así es, en efecto — confirmó Rosa—. Soy licenciada en letras.

Cuando aquella tarde la directora recibió la visita del doctor Libois, le anunció, poniendo en sus palabras toda la hiel de que era capaz su corazón amargado:

—No me engañé. Esa Rosa es una chica distinguida y habrá aceptado un puesto de criada en esta escuela para ocultar Dios sabe qué cosas inconfesables.

Protestó el doctor de estas malévolas insinuaciones y se apresuró a comunicarlas a Rosa haciéndole al mismo tiempo protestas de su personal aprecio.

La criada agradeció el interés que el doctor mostraba por ella y no se sorprendió de los juicios de la directora por haber adivinado hacía tiempo la aversión que la profesaba la señora Dufrenne.

Una enfermedad que pocos días después sufrió Rosa dió motivo a que los diversos sentimientos por ella despertados se manifestasen de modo más preciso. Los pequeños alumnos lloraron por su amiguita cuya dolencia no impidió que la directora la tratase con su habitual despotismo.

El doctor Libois, enterado de que Rosa se había visto precisada a quedarse en casa, se

apresuró a visitarla por si era necesario prestarle los auxilios de su ciencia.

La directora, en cuyo espíritu ambicioso había tomado cuerpo la pretensión de conquistar para ella al joven doctor, al enterarse de la atención de que éste hacía objeto a la criada, vibró de ira y resolvió presentarse de improviso en el domicilio de la enferma.

El doctor había encontrado a Rosa algo mejorada aunque bastante decaída. Le recomendó la necesidad de hacer una vida higiénica, el respirar aires puros.

—Le convendría, sobre todo, un paseo largo, sin premura. Puede aprovechar para ello el domingo. Y, si usted me lo permite, yo la acompañaré.

No se opuso Rosa.

—Puesto que tan amable se muestra conmigo, pasearemos. Precisamente el domingo, como no veo a *mis niños*, me siento muy sola.

El doctor, atraído cada vez más por el misterio que en la existencia de Rosa adivinaba, preguntó poniendo en sus palabras toda la dulzura de que se sentía capaz:

—¿Por qué no me hace partícipe de esa tristeza que en usted adivino, seguramente originada por íntimas y profundas contrariedades?

En la soledad en que vivía, aquella invita-

ción cariñosa de un corazón desinteresado fué bastante para que abriese de par en par el suyo.



—¿Por qué no me hace partícipe de esta tristeza que en usted adivino?

Brevemente, sin lamentaciones vanas, refirió al doctor el drama de su pasado. Libois la escuchó con emocionada atención.

—Así lo había adivinado yo — dijo al ter-

minar ella su relato—. Una razón más para que se distraiga, para que procure huir, siquiera con la fantasía, de este ambiente tan distinto a aquel otro en que se formó su espíritu.

En este momento el diálogo quedó interrumpido por la llegada de la directora. Mor-daz, dijo al doctor al tiempo de saludarle:

—Ya sabía que su... culto al deber profesional le había traído aquí.

Y, luego, volviéndose hacia Rosa, le recomendó con ironía:

—Me parece que ha hecho usted mal en comprometerse a un trabajo demasiado rudo para... para su salud.

Al retirarse acompañada del doctor, como encontrasen a la puerta un grupo de pequeños escolares que, capitaneados por Mariquita, pretendían visitar a la enferma, la directora tuvo aún hiel para ponerla en un nuevo insidioso comentario:

—Es muy *amada* de *todos*, esta Rosa.

El doctor, adivinando el doble sentido de aquellas palabras, se limitó a responder:

—Muy amada, sí... Y, realmente, se lo merece.

IV

El domingo inmediato el doctor y Rosa se encontraron, como tenían convenido, en uno de los parques de la ciudad.

Libois quedó admirado viendo a la modesta criadita de la "Escuela Maternal" vestida con un traje que, aunque algo pasado de moda, revelaba la excelencia de su confección.

Rosa explicó:

—Lo tenía guardado en el fondo de un baúl... creí que, como mis títulos, no lo necesitaría más.

El doctor no pudo ocultar su satisfacción.

—Tan sencillo cambio — dijo a Rosa — me la representa a usted como yo la había presentado; como la más deliciosa de las criaturas.

Iniciaron el paseo y comenzaron las mutuas confidencias. Habló ella más detenidamente de su pasado, de los esplendores extinguidos de su vida, del fracaso de sus más risueñas ilusiones que sembró en su alma el germen de todos los desengaños y de todas las esperanzas.

La escuchaba él no ya interesado sino compartiendo sinceramente todas las amargas que Rosa iba exponiendo. Luego, cuando ella

hubo terminado, tomó él una de sus manos y la interrogó con emocionado acento:

—¿Pero usted pensará casarse algún día?

—Pensé una vez — replicó ella—. Pero hoy vivir para los niños es mi único anhelo.

Creyó el doctor llegado el momento de la confesión definitiva.

—Escúcheme, Rosa — le dijo—. Usted sabe el profundo interés que en mí despierta. ¿Quién dice a usted que a mi lado no podrá reconquistar la felicidad perdida?

—Yo no sabría — opuso ella — separarme de aquellos angelitos que, en cuanto me ven, llenan mis oídos con la música de su voz, que es a un tiempo suspiro, gorjeo y súplica.

—Pero yo, Rosa — repuso él apasionadamente — también suplico como esos niños, yo también imploro.

Ella, aunque, quizás, su corazón sintiera inclinación distinta, se mantuvo firme en su negativa a aceptar el porvenir de dicha que se le ofrecía, alegando siempre la obligación de permanecer junto a los pequeñuelos que tanto la amaban.

A despedirse, el doctor le dijo sin intentar disimular su amargura:

—Sentiría haberla molestado. Pero confío en que me perdonará... y meditará sobre la

respuesta definitiva que ha de dar a mis aspiraciones.

Encerrada en su despacho y obsesionada por el deseo de desembarazarse de Rosa, su rival, en atención al doctor, la señora Dufrenne no mera Enseñanza recordándole la promesa que había perdido tampoco la tarde de aquel domingo. Escribió una carta al director de príle hizo de dar a Rosa Goncourt la dirección de una escuela elemental en provincias.

Al día siguiente cuando, terminada su tarea en la escuela, regresó Rosa a su domicilio, se vió sorprendida por la presencia de Mariquita que venía en su busca para que corriese al lado de su madre gravemente enferma.

Cuando llegó a la mísera vivienda, la pobre viuda la recibió con lágrimas en los ojos.

—Yo no hubiese querido molestar a usted.— dijo—. Pero María se empeñó en ir a buscarla.

Y, luego, con apagada voz, añadió:

—Me veo forzada a ir al hospital de donde tengo la certeza de que no he de volver... ¿Qué va a ser de mi pobre hija sola en el mundo?

En el corazón de Rosa se hostilizaban dos impulsos de absorción idéntica. Adoptar a María era abrir la tumba a sus sueños de amor.

Sin embargo, sobreponiéndose a todo egoísmo, prometió a la moribunda:

—María no quedará sola. Yo se lo prometo; tendrá en mí una segunda madre.



—¿Qué va a ser de mi pobre hija, sola en el mundo?

Agradecida, la enferma besó con efusión las manos de la compasiva.

—Llévesela ahora — suplicó después—. No tardará la ambulancia en venir a recogerme y no quiero que ella lo vea; tiempo tendrá de pasar amarguras.

Sólo tres días llevaba María viviendo al la-

do de Rosa cuando ésta, una mañana, recibió aviso de la dirección del hospital anunciándole que la pobre madre había dejado de existir.

Aquel fué el golpe de gracia dado a sus últimas ilusiones de amor. Se pertenecía por entero a la huérfana y no podía dar acogida en su corazón a otro sentimiento extraño.

No obstante sus continuadas repulsas, el doctor Libois no cesaba de suplicarle que aceptara la felicidad que le ofrecía.

María, con la penetración de su rara inteligencia infantil, presintió que iban a robarle el cariño de su Rosa, de su madrecita, como ella la llamaba. Desde que tal temor naciera en ella se hizo más seriecita, más callada. Muchas veces la sorprendió Rosa entregada a cavilaciones impropias de su edad.

Para colmar el calvario de dudas y sinsabores que la criadita devoraba en silencio, un mal día la directora le anunció que la Dirección de primera Enseñanza la había nombrado profesora de una escuela en provincias, advirtiéndole que aunque se negase a tomar posesión de dicha plaza tampoco podría continuar en la escuela.

Rosa recibió el golpe en medio del corazón. Aquello era separarla de sus niños por los

que todo lo había sacrificado. Rogó en vano. La directora estaba decidida como nunca a deshacerse de su rival afortunada en el amor del doctor.

Rosa se retiró llorando amargamente y fué María la que acudió a consolarla.

—¿Por qué lloras, Rosa? — le preguntó besándola en los cabellos.

Rosa se excusó:

—Me duele mucho la cabeza. Déjame.

—Me dices a mí que estás mala y no se lo has dicho al doctor — advirtió la niña incrédula.

Y luego, con acento intencionado de precoz suspicacia, añadió:

—Y sin embargo, yo no te puedo curar y él sí.

Aquella inocente alusión inspiró a Rosa un último recurso para intentar permanecer en la escuela donde tantos afectos la retenían.

—Dices bien, María. Iré a ver al doctor ahora mismo. Vuelve tú a la clase, que yo no tardaré en regresar.

Rosa no tardó en hallarse frente a Libois a quien refirió lo que le sucedía.

—¡Por compasión, impida usted que me obliguen a marchar a provincias — suplicó—.

Se lo pido en nombre de ese amor que tantas veces me ha jurado.

El doctor trató de consolarla pero se excusó de prestarle el apoyo que se le pedía.

—¡Qué más desearía yo que retener a usted a mi lado! Pero no puedo; no llega a tanto mi influencia. Y tendré que resignarme a perderla con gran dolor de mi alma. Y, sin embargo — añadió con emocionada voz—, si usted hubiese consentido en ser mi mujer estas circunstancias pudieran haber sido la iniciación de una vida feliz, muy feliz, tanto para usted como para mí y los pequeños.

Y luego, ante un gesto de curiosidad de ella, continuó:

—Voy a revelarles mis proyectos. Yo he pensado fundar en este distrito un Dispensario infantil en el cual recibirían asistencia todos los niños, a cualquier hora y viniesen de donde viniesen, prodigándoles los más solícitos cuidados y socorros. Mis brazos se abrirían, acogedores, a los pequeñuelos sin amor, que hallarían en mi casa salud, bienestar y hasta golosinas. Para esta obra piadosa, humana, necesito la colaboración de una mujer, mejor dicho, de mi mujer; mi mujer formaría las almas de estas tiernas criaturas en tanto que yo cuidaba de sus cuerpos; mi mujer, que alumbraría

esta casa con la luz de su sonrisa y sería el bendito astro radiante de mi existencia.

Rosa escuchaba, escuchaba, sintiéndose conquistada por aquel hermoso proyecto de protección infantil que tanto armonizaba con sus más íntimos sentimientos.

El único obstáculo que se oponía a la aceptación de las proposiciones del doctor eran sus deberes de madre adoptiva de María. Pero puesto que él estaba dispuesto a consagrar su vida y su ciencia a los niños desamparados, Rosa tenía el convencimiento de que aceptaría de buen grado compartir con ella aquellos sagrados deberes.

Y no dudó. A la pregunta que él la hiciera para obtener una respuesta definitiva, contestó con un *Sí* que la obligó a bajar los ojos ruborosa y encendió en fuego las rosas de sus mejillas.

Mientras tanto, la pequeña María, desolada, creyéndose definitivamente abandonada por su madrecita, salió de la escuela y, concedora del domicilio del doctor, hacia él se dirigió sorteando los peligros con que a cada momento amenazaba sus pasos inseguros el tráfico vertiginosa de la gran ciudad.

Al fin llegó a su punto de destino. Ante la puerta del rival de su cariño hacia Rosa, es-

cribió en un pequeño papel y rogó a la portera de la casa que lo entregase a una señorita que en aquellos momentos debía hallarse junto al doctor Libois.

Este y Rosa completaban en aquellos instantes sus generosos proyectos para el porvenir.

Una criada entregó a Rosa el mensaje de la pequeña María, concebido en estos términos:

Tú quieres más al doctor que a mí. Adiós,

María.

Un grito angustioso proferido en la calle por varias personas impidió a Rosa y a Libois todo comentario.

Ambos se precipitaron hacia el balcón inmediato. Un automóvil acababa de atropellar a una niña que yacía tendida en el suelo, inanimada.

El doctor se apresuró a descender a la calle para ordenar que la atropellada fuese conducida a su casa con objeto de prestarle los auxilios que su estado reclamase.

En aquel momento, el *chauffeur* del coche causante del atropello se disculpaba de los cargos que se le hacían.

—No tuve culpa yo. La niña se arrojó de intento bajo las ruedas.

Alguien reconoció a la atropellada cuando el doctor la tomó en sus brazos.

—¡Es la pequeña María Couret!

Aquella voz llegó hasta Rosa que asomada al balcón se hallaba. Su dolor no tuvo límites.



Un automóvil acababa de atropellar a una niña...

—¡Ha sido mi niña! — gritó—. ¡Mi María!

Y se arrojó hacia la puerta por donde en aquel momento penetró Libois conduciendo a la pequeña accidentada.

María fué colocada sobre un diván, y junto

a ella, llorosa y desesperada, en el paroxismo de su dolor, se arrodilló la *madrecita*.

Acariciaba a la niña desvanecida. Trataba de restañar la sangre que le manaba de la frente y sólo conseguía que el rojo líquido se mez-



—...Será preciso decirle que quien la acaba de asistir es... su padrecito...

clase con la amargura de sus lágrimas.

—¡Abre los ojos, querida! — sollozaba—. ¿No me ves? ¿No me oyes? ¡Nena!... ¡Hija mía!

La niña abrió los ojos y sonrió a Rosa, pronunciando el dulce nombre:

—¡Madrecita...!

Rosa la recriminó con desolada amargura:

—Sí, lo has hecho tú; tú porque creíste que ya no te amaba.

El doctor terminaba en aquel instante su ligero reconocimiento.

—Carece en absoluto de importancia. Las lesiones no han interesado más que la piel.

Luego, mirando sonriendo a Rosa, afirmó:

—La primera cliente de nuestro Dispensario, es tu ahijada. Será preciso decirle que quien la acaba de asistir es... su *padrecito*.

FIN

Próximo número:

EXTRAORDINARIO

Sábado, día 25 de junio

ALREDEDOR DE UNA CUNA

por Berthe Jalabert, Geneviève Félix,
Fernand Hermann, etc.

Novela sentimental

Postal-fotografía-regalo: HOLMES HERBERT

Compre usted el mismo sábado, día 25 del
corriente, este precioso

NÚMERO EXTRAORDINARIO